

Martí en las rutas dominicanas: el apoyo masónico (I)

Mayra Beatriz Martínez

Fotos de la autora

Tuve la oportunidad de visitar la República Dominicana —muy recientemente y de una manera fugaz; por solo dos semanas—, con el propósito de iniciar el esclarecimiento de algunos aspectos de las tres estancias de José Martí en ese país —1892, 1893 y 1895—; de entrevistarme con sus investigadores actuales del tema, consultar el Archivo General de la Nación en la ciudad de Santo Domingo y repetir los recorridos martianos decimonónicos muy rápidamente, en busca de entornos que permanecen y rescatar sus imágenes, y conocer, de primera mano, parte de lo conservado por la memoria oral.

Todo estuvo precedido por una lectura de textos “clásicos” sobre el tema —como los de Rodríguez Demorizi; algunos testimonios de quienes convivieron con Martí allá, por aquel entonces, como los de Federico Henríquez y Carvajal o Federico García Godoy; un número de estudios contemporáneos de especialistas dominicanos, tal cual los de Jesús Méndez Jiminián u Olga Lobetty; y de algunos de autores cubanos, los cuales, de algún modo, han tratado el tópico; básicamente, la *Cronología martiana* de Ibrahim Hidalgo y el *Atlas Martiano* en sus dos ediciones.

Desde luego, el punto de partida habían sido los propios documentos martianos, concebidos durante sus estancias o que hicieran referencias a ellas; cartas, textos diversos aparecidos en *Patria* y, sobre todo, una buena cantidad de páginas de sus *Diarios de campaña* finales, las cuales constituyen, a mi juicio, el registro más críptico de su saga viajera —a pesar de su aparente sencillez, a pesar de su aspecto inocente de crónica de despreocupado peregrino.

La investigación documental y la realizada in sito, aportó algún esclarecimiento —y acentuó o generó incertidumbres útiles— respecto a ciertos espacios de por sí dubitativos: en torno a fechas y locaciones correspondientes a sus rutas; la reubicación lógica de ciertas anécdotas, que pudieran resultar anacrónicas después de contextualizarlas en tiempo y espacio; o la precisión de datos respecto a hechos que consideramos capitales para la comprensión, en particular, de sus días dominicanos

finales —como la trascendental reunión en El Hatico y la concepción del *Manifiesto de Montecristi*.

Entre los aspectos que, tradicionalmente, han despertado poco interés—a pesar de su pertinencia— y que se nos hicieron visibles a cada momento durante esta exploración preliminar, estaba el apoyo masónico: me refiero a los vínculos martianos establecidos con un grupo notable de sus hermanos¹ dominicanos y cubanos arraigados en esa isla,² quienes no solo parecen haberle dedicado atención al viajero por elemental deber fraterno establecido, sino por simpatía viva ante el movimiento revolucionario cubano, que llegó a la implicación directa de muchos de ellos en el movimiento; o su reinserción, pues, entre los cubanos, una parte eran veteranos de contiendas anteriores. Percibimos que un buen número de los que hemos podido identificar como miembros de logias activas en el período de las visitas martianas, igualmente los hallamos entre quienes lo auxiliaron, contribuyeron a la causa independentista y/o fundaron e integraron clubes del Partido Revolucionario Cubano (PRC), gestión que, como se sabe, fuera estimulada personalmente por El Delegado.

Su objetivo implícito debió ser conseguir una red de simpatizantes discreta, impenetrable y eficiente, y eran estas las virtudes demostradas históricamente por los miembros de las instituciones masónicas —muy en específico, y como bien es sabido, durante las primeras guerras independentistas de nuestro continente, según las condicionantes dadas en cada contexto en cuestión. Era una experiencia valiosa que podía ser aprovechada, una disciplina que podría impregnar la actuación de otros revolucionarios convocados no masones.

El ámbito dominicano resultó particularmente propicio para esta colaboración. La masonería se fortaleció durante y tras la Guerra de la Restauración (1863-1865), a pesar de que sus templos habían sido cerrados durante la anexión a España (1861). La lucha por la tercera independencia nacional no solo fue llevada adelante, sino también dirigida por masones.³ Los conflictos políticos y las revueltas militares que primaron en esos años hicieron que permanecieran en estado de guerra, que pareció terminar al tomar el poder el general Ulises Heureaux (presidente en 1882-1884; 1886-1889), apodado “Lilís”, quien era masón con grado máximo 33.⁴

Pudieron reactivarse los trabajos masónicos en territorio dominicano e, incluso, se fundaron nuevas logias. Así, se hallaban instaladas en las localidades por donde transitara Martí las Cuna de América No. 2 (1859) y Esperanza No. 9 (1867), en Santo

Domingo; Concordia No. 4, en La Vega (1859); Nuevo Mundo No. 5 (1859), en Santiago de los Caballeros; Quisqueya No. 15 (1876), en Montecristi; El Oasis No. 16 (1876), en Guayubín; y Regeneración no. 22 (1894), en Dajabón.⁵ Los miembros que hemos conseguido identificar contaban con renombre, autoridad e influencia —social, política, económica, cultural, científica— y se sabe que, al menos una parte, se relacionaron de un modo u otro con las acciones del PRC en ese país.

La situación en nuestra isla era, por ese entonces, de signo absolutamente opuesto. Torres Cuevas ha esclarecido que:

La desaparición del GOCA [Gran Oriente de Cuba y las Antillas, que había tenido un carácter esencialmente patriótico] y el surgimiento de la Gran Logia de la Isla de Cuba, como resultado de la reorganización de las logias que aún quedaban de ese cuerpo masónico, devinieron parte de un proceso complejo en el cual muchos de los miembros originales del GOCA, involucrados en las guerras de independencia, murieron durante la contienda o marcharon al exilio con posterioridad. Así surgió una diáspora masónica que, a su vez, se asoció a las actividades independentistas de las décadas del 80 y 90. Estos masones [...] participaron en logias de los países donde residían y, como patriotas, se unieron a otros que no eran masones en la creación y sostenimiento del movimiento independentista que tendría su culminación en el Partido Revolucionario Cubano.⁶

No hay dudas que ese proceso se concretaría con creces en territorio dominicano y ante la presencia martiana, país donde la situación de los masones era, desde todo punto de vista, privilegiada. Como el propio presidente de entonces, el general Heureaux, la mayoría de sus hombres de confianza, quienes ostentaban cargos clave a lo largo del país, eran, asimismo, hermanos masones.

Detalle de interés para reflexionar sobre el tema es tener en cuenta que Lilís había llegado a ser amigo personal de Antonio Maceo —quien, como sabemos, fuera igualmente masón—. Tuvieron una relación muy cercana durante la permanencia de El Titán en Dominicana en 1880, y, luego, intercambiaron correspondencia.⁷ En aquella época, Lilís era ministro de Guerra y Marina, y delegado del gobierno Gregorio Luperón en la capital. El entonces presidente Luperón —también masón, grado 33—⁸ se

había entrevistado con Maceo desde su arribo y, con toda seguridad, le ofreció la colaboración y la protección de sus funcionarios en cada localidad. No menos hizo Heureaux, una vez en el poder, respecto a Martí y sus colaboradores. Debió instruir a sus hombres —representantes del gobierno en las distintas localidades por donde El Delegado circulara— para que le proporcionaran lo indispensable a sus gestiones, aunque cuidando no inmiscuirse en ellas de manera abierta, para no despertar la protesta de los recelosos representantes de España en esa isla. Sin dudas, los hombres del presidente Lilís no habrían operado nunca por cuenta propia, en un sentido o el otro —ni siquiera bajo el imperativo de la fraternidad masónica que muchos compartían—, si ello hubiera representado desafiar al temible dictador.

Lo cierto es que, repasando la bibliografía, comprobamos que un grupo considerable de autoridades dominicanas y de ciudadanos ilustres e intelectuales de prestigio en los territorios que conocieran del paso de nuestro viajero, lo albergaron y guiaron su camino, favoreciendo discretamente sus propósitos. Así ocurre desde el principio, cuando, tras entrar al país por Dajabón, el 9 de septiembre de 1892, llega a la Casa Comercial de Juan Isidro Jimenes en Montecristi —la cual, según Olga Lobetty, era la “primera transnacional dominicana, exportadora de campeche [...]”.⁹

Martí narraría en *Patria*, el 29 de abril de 1893, de manera impersonal, que “el viajero” “[...] echó pie a tierra por breves momentos frente a un grande almacén, tan vasto, ordenado y activo como el mejor de las tierras pomposas del comercio”.¹⁰ Allí trabajaba Francisco (Panchito), el hijo de El Generalísimo, de dieciséis años. Este negocio sería considerado, obviamente, un lugar seguro, pues tenemos noticias acerca de la militancia masónica Jimenes —acaudalado propietario y político dominicano, futuro presidente, cuyo padre había nacido en Cuba—, a pesar de que no hemos logrado conocer, con seguridad, cuándo fue iniciado ni a cuál logia pertenecía entonces.¹¹

A la montecristeña Quisqueya no. 15, sí sabemos que estaban afiliados el general Gómez, los cubanos Jesús Badín —veterano de la Guerra de los Diez años y establecido en Dominicana, quien siguió siendo fiel a la causa independentista—, Benigno D. Conde —dominicano-cubano-venezolano, socio industrial en una tienda perteneciente a Emilia Jimenes, hermana del prominente Juan Isidro — y el santiaguero Juan E. Bory— iniciado en 1895 y posterior testificante, en especial, de la relación martiana con los masones montecristeños—, junto a otros que desempeñarían papeles de suma

importancia durante los preparativos de expedición que llevaría a Martí y Gómez hacia Cuba, ya iniciada la Guerra de Independencia, como se verá.¹²

Una cuidadosa información de sus contactos con estos y otros patriotas y simpatizantes del movimiento —no obstante la equiescencia aparente de que disfrutara por parte del gobierno— sería siempre dirigida puntualmente al presidente.¹³

Tras una estancia breve en La Reforma, la finca de Gómez, y un paso veloz por poblaciones y caseríos de la Línea Noroeste —trayecto que aprovecha para conocer a otros compatriotas asentados en ese país y convocarlos a colaborar y fundar clubes del PRC—,¹⁴ Martí llegaría por vez primera a Santiago de los Caballeros en compañía de El Generalísimo, el 13 de septiembre de 1892. Se alojaría en casa del médico cubano Nicolás Ramírez y Peláez —antigua calle Rosas, hoy número 114 de la 16 de Agosto—. Este día y el siguiente, debieron producirse encuentros de los cuales han quedado interesantes testimonios. Contacta, entre otros dominicanos, con Ulises y Augusto Franco Bidó. Ambos eran masones, pertenecientes a la logia Concordia No. 4 de La Vega —ubicada en la calle Restauración de esa villa— muchos de cuyos miembros eran mayormente comerciantes. En esa ocasión, Martí le regaló a Augusto una ejemplar de sus *Versos sencillos*, gesto que repetiría a lo largo de aquel recorrido ante personalidades que tuvo en alta estima.¹⁵

Augusto Franco Bidó contaba: “Lo recuerdo muy bien. Hace tres años que se presentó en mi humilde residencia [...] Me dijo que traía buenas referencia mías y deseos de conocerme [...]”.¹⁶ Bidó desempeñaría cargos públicos destacados; entre ellos, secretario de Estado, senador por San Francisco de Macorís, diputado por Santiago y juez procurador.

Se asegura que Martí, en aquella oportunidad, visitó la imprenta de Ulises Franco Bidó, hermano de Augusto; el café *El Yaque* y la casa del cubano Rafael Vega —antigua calle Las Rosas, hoy número 117 de la 16 de Agosto—, donde se reuniría con los también compatriotas Pedro Pablo Doval y Raúl Font Sterling. Este último poseía una farmacia muy cerca de la vivienda de Nicolás Ramírez que El Delegado frecuentó.¹⁷

Olga Lobetty se refiere a una visita de Martí a la logia santiaguina Nuevo Mundo No. 5, en ocasión de su paso posterior por esa ciudad, un día de febrero de 1895. Añade a su estudio, como presunta prueba, una imagen donde aparecen trazados rudimentariamente retratos de masones que se califican —según inscripción dentro del propio dibujo—

como “Libertadores de América”. Ellos llevan al pie sus respectivas identificaciones: junto a Jorge Washington y Benito Juárez, aparece José Martí. Según la autora, esa ilustración es copia de un mural que decora “la benemérita y respetable Logia Nuevo Mundo no. 5”. Agrega a sus informaciones la reproducción de postales con imágenes alusivas que fueran “vendidas entre los masones de Santiago de los Caballeros [...] para levantar fondos para la independencia de Cuba.¹⁸ ¿Podríamos colegir que nuestro viajero visitara esa logia ya en 1892, o que, al menos, contactara con sus miembros desde entonces? ¿Quiénes eran sus integrantes en ese período? ¿Acaso cubanos de la numerosa comunidad que allí residía?¹⁹ Lamentablemente, todavía no hemos podido averiguarlo con certeza.

A la caída de la tarde del 15 de septiembre, llega nuestro viajero a La Vega, donde pasa la noche antes de proseguir hacia Santo Domingo, a la madrugada siguiente. Un mensaje enviado desde Dominicana al Consulado de España en La Habana, con fecha 20 de septiembre de 1892 y para ser entregado directamente al gobernador general de la Isla de Cuba,²⁰ referiría que se había producido una reunión en La Vega presidida por Máximo Gómez y que, en consecuencia, se había constituido un comité de propaganda.²¹ ¿Quiénes habían conferenciado?

Se sabe que Martí se relacionó en esa ocasión con veganos miembros de la logia Concordia no. 4, radicada en esa población. A saber, con el cubano Federico García Godoy,²² y con una figura clave en la zona: Zoilo García,²³ quien fuera general del Ejército Dominicano, comerciante y delegado político del presidente Lilís en La Vega. Previamente, como ya mencionamos, había sido acogido por los Franco Bidó —miembros la Concordia, pero residentes en Santiago—, quienes debieron indicar a Martí las localizaciones de sus hermanos de logia —aunque, con seguridad, también eran conocidos por Gómez.

El hecho es que Martí, a solas y sin aviso previo, se dirigiría a la vivienda de Federico García Godoy —narrador, crítico literario, historiador, periodista, político y educador de origen cubano, santiaguero por más señas— visita extensamente testimoniada por este. El Delegado llega a aquella casa de la calle Colón aproximadamente a las ocho de la noche. Sostienen una conversación breve, pero intensa:

Eran como las ocho de la noche y me encontraba solo en la sala de mi hogar [...] en una mecedora, de espaldas a la calle. De súbito sentí un leve ruido, como si alguien se aproximara volví rápidamente la cabeza. En el umbral, un hombre blanco, de mediana estatura, de cara expresiva, en que lucía su espeso mostacho y en que la mirada fulguraba, delatando una inmensa vida interior, se erguía sonriente ante mis ojos.²⁴

Martí también le obsequia sus *Versos sencillos* y su traducción de *Ramona*,²⁵ ejemplares que se perdieron, definitivamente, durante el incendio de la edificación en 1925.

Por no variar, Godoy, además de masón, era hombre de confianza de Lilís: “[...] en ese entonces diputado por la provincia de La Vega, y además, vicepresidente del Poder Legislativo. Recién había sido presidente de ese poder del Estado. Y en La Vega, dirigía uno de los pocos periódicos que había entonces, y estaba muy ligado a varias instituciones culturales de allí [...] Era muy amigo de la familia Henríquez y Carvajal [...]”.²⁶

No obstante todas estas razones evidentes, Méndez Jiminián se pregunta, supongo que retóricamente: “¿Por qué Martí había escogido en su primer viaje al país visitar La Vega Real? ¿Qué tan importante era La Vega para impulsar el proyecto martiano? ¿Quiénes le propusieron a Martí incluir en sus planes revolucionarios visitar esa comunidad? ¿Cómo Martí había obtenido informes de que, en La Vega, existía una pujante y trabajadora colonia cubana? ¿Por qué se interesó Martí en visitar personalmente a don Federico García Godoy, en su hogar?”.²⁷

Desde luego, Martí debió conocer perfectamente la composición de la sociedad vegana por boca de Gómez y, en particular, de Serafín Sánchez, quien le fuera presentado durante un viaje de este a Nueva York en 1891, y con quien alternara con frecuencia a partir de que se estableciera allí en marzo 1892. Sánchez había tenido una larga residencia dominicana, viviendo justo, en La Vega.

Por otra parte, García Godoy se encargaría de explicitar el interés martiano al buscar su apoyo personal y su mediación respecto a aquella numerosa comunidad cubana y, presumimos, respecto a los hermanos masones en general: “Tenía [Martí] que multiplicar los centros de propaganda patriótica; aumentar hasta donde fuera posible de manera práctica y metódica los recursos monetarios [...] Esa organización fundamental

debía ser como una máquina en permanente funcionamiento, de bien suavizados y poco complicados rodajes [...].²⁸

Este paso del viajero de manos de un hombre del presidente a otro y —pudiéramos presumir ya, en la mayor parte de los casos— de un hermano masón a otro, se hará cada vez más manifiesto, en particular a la llegada a la capital, sede del régimen dictatorial de Lilís, donde Martí, sin embargo, se movería con toda libertad. De hecho, había sido su intención original el entrevistarse directamente con Heureaux para ponerlo al tanto de la trascendencia del movimiento independentista que se gestaba y solicitar su apoyo y/o tolerancia a las operaciones de los emigrados cubanos en su país. Evaluó y desechó esa posibilidad durante aquella primera y única estancia en la capital. En carta a Gómez de 19 de septiembre, le había confesado, reconociendo, al propio tiempo, el auxilio encubierto de que era objeto: “Al presidente creí innecesario e imprudente verlo. De González, el Ministro de lo Exterior, he recibido las más finas consideraciones. De los demás Ministros, llevo carta serviciales para todo el viaje”;²⁹ y se refería, nada menos, que al entonces ministro del Exterior, expresidente, Ignacio María González Santín, también masón.³⁰

Al llegar a la capital, el 18 de septiembre de 1892, nuestro viajero se había alojado en la llamada Casa de San Pedro,³¹ en el no. 155 de la vieja calle Las Mercedes, entre las antiguas Del Estudio y De los Mártires —hoy Hostos y Duarte—. Muy cerca, el presidente tenía su residencia: en el número 204 de la misma vía, entre la De los Mártires y San José —hoy Duarte y 19 de Marzo—; es decir, en la cuadra siguiente, acera contraria. De manera que, desde el balcón corrido de la Casa San Pedro, se divisaba perfectamente el semejante de la casa de Lilís, a donde daba la habitación personal de este —aserto que comprobamos en la práctica, porque ambas edificaciones aún se conservan—. Se trató, pues, de una coincidencia demasiado significativa para pasarla por alto.

Desde luego, la aquiescencia mostrada por el gobierno de Lilís respecto a las operaciones de los simpatizantes de la causa cubana en territorio dominicano, que podía haber incluido hasta una reunión personal con líder cubano, se ha interpretado de distintos modos, siempre ajenos a la filiación masónica de ambas personalidades. Se ha tendido a creer que obedecía a la simple simpatía del presidente dominicano por un movimiento independentista afín al que él mismo protagonizara su país y, además, a su reconocimiento del prestigio intelectual ganado ya entonces por Martí a nivel

continental. Luis Toledo Sande, por ejemplo, ha destacado esta condicionante última al considerar los factores propiciadores de otros encuentros semejantes con gobernantes, incluso con Porfirio Díaz, dictador reconocido respecto al cual había explicitado diferencias:

[...] el crecimiento internacional de la figura de Martí incluyó entrevistas de solicitud de apoyo para Cuba con presidentes de dos países hispanoamericanos. En julio de 1893 se reunió con José Joaquín Rodríguez, el de Costa Rica, y entre finales de julio y comienzos de agosto de 1894 parece haberlo hecho con el de México, Porfirio Díaz.³²

El hecho es que, al cruzar la capitalina Puerta del Conde aquella mañana de 1892, inmediatamente trató de localizar a don Federico Henríquez y Carvajal, a quien previniera de su llegada con un telegrama enviado, antes de partir de Santiago.³³ Seguramente, Federico, asimismo masón,³⁴ había establecido contactos útiles a esa altura —lo que explicaría la factibilidad del amplio programa de actividades desarrollados por Martí allí, en tan poco tiempo—. Comentaría más de una vez lo ocurrido cuando se encuentran en la acera, frente a su casa, “bajo el sol de mediodía”.³⁵ Y siempre subraya un matiz significativo —sin dejar de ser velado—: “[...] evoco ese único instante de comunión espiritual en que dos almas afines —que hacía tiempo se buscaban desde lejos— uniéronse en prolongado abrazo y ungiéronse con sendos besos *fraternales*, mientras yo enmudecía y su voz, quebrantada por la emoción, me llamaba *hermano...*”.³⁶ En otro de sus testimonios, Federico, más concretamente, anotaba: “El 18 *éramos hermanos*”.³⁷

Otros tres masones ilustres lo acogen en la capital. Uno, el narrador romántico, político y periodista Manuel de Jesús Galván.³⁸ Rodríguez Demorizi documenta la relación pública que establecen, en especial durante la recepción que le fuera ofrecida al viajero por la Sociedad “Amigos del País”, donde el autor de *Enriquillo* hizo uso de la palabra y que fuera noticiada por la prensa.³⁹ Ya desde 1884, habían tenido contactos epistolares, a raíz de que Martí conociera de su obra y le escribiera conmovido por la lectura de su célebre novela desde Nueva York.⁴⁰ De manera que, en 1892, solo se reactivaron esos cordiales vínculos.

El segundo, el historiador y periodista José Gabriel García,⁴¹ quien había sido integrante de la Marina de Guerra Dominicana:⁴² le fue presentado el 19 de septiembre, precisamente durante una visita del cubano a la librería García Hermanos, muy cerca del Parque Colón, que era lugar de reunión frecuente de la intelectualidad.⁴³ García pertenecía a la Cuna de América No. 2 y alcanzó el grado 33. Fue venerable maestro en esa logia de 1867 a 1868 y de 1889 a 1891,⁴⁴ de manera que había dejado de desempeñar la responsabilidad muy recientemente.

El tercero, el escritor, periodista y pianista, nacido en Santiago de Cuba, Federico Giraudi Cassard, a quien conociera por intermedio de Federico Henríquez y Carvajal. Se dice que Giraudi también pertenecía a la logia Cuna de América No. 2, de la cual había sido venerable maestro entre diciembre de 1887 y diciembre de 1888.⁴⁵ Inevitablemente, hemos de relacionar la figura de Giraudi con las referencias que se hacen en algunas fuentes bibliográficas, a una reunión discreta en la ciudad con personas no identificadas. Creemos que se corresponde con la constitución del Cuerpo del Consejo del PRC en Santo Domingo —Consejo Directivo del PRC, como algunos autores lo denominan—, que fuera presidido entonces, precisamente, por Giraudi y al cual se integraron, como miembros, los cubanos Manuel y Eduardo Calás, Fermín del Monte, Néstor del Prado y Eleuterio Hatton —quien tan importante rol jugaría en 1895, durante los preparativos para la partida de la expedición Martí-Gómez.

De interés es señalar que los miembros dominicanos de aquel consejo eran masones: el expresidente escritor y pedagogo Francisco Gregorio Billini,⁴⁶ quien, durante su gobierno y a instancias de José Joaquín Pérez, había asumido las ideas del artículo martiano “Maestros ambulantes” en la ley “Reglamento para maestros ambulantes”,⁴⁷ el poeta, dramaturgo y secretario de Justicia durante el gobierno de Billini, José Joaquín Pérez,⁴⁸ el entonces ministro de Fomento de Lilís, Jaime R. Vidal;⁴⁹ y Federico Henríquez y Carvajal, quien dejó testimonio del hecho.⁵⁰ A su calor, se fueron creando en esa capital los clubes Sociedad Política Cubana “Patria y Libertad”, donde ocuparía el cargo de secretario Ignacio Alomá, hijo, y al frente del cual estaría Néstor del Prado; y Sociedad Política Cubana “27 de Febrero”, del que fuera presidente Federico Henríquez y Carvajal.¹

¹ “Documentos de los clubes” y “Correspondencia diplomática en varios idiomas”, Archivo de la Delegación del Partido Revolucionario Cubano en Nueva York (1892-1898)

Martí parece rememorar aquel encuentro preliminar en carta posterior de 21 de septiembre desde Barahona, dirigida, precisamente, a Giraudi, y donde se refiere a la mano que él le tendiera, “tan probada y tan discreta”, y a “los viriles y buenos paisanos” con que se reuniera. Incluso, alude como uno de los momentos “muy memorables” que tuvo en la capital “[...] el ver chispear, *en la sombra de la casa vieja* nuestras almas infatigables”.⁵¹ En ese texto martiano, parece hacer mención al prestigio que debía tener entonces ganado Giraudi durante su etapa de venerable maestro: “Siempre le veré a usted, sentencioso y leal, en la casa que ilustra con su talento y su laboriosidad [...]”.⁵² Sería muy lógico pensar que todo alude a una junta efectuada en la vieja logia Cuna de América No. 2, que había sido instalada tres décadas antes, el 9 de enero de 1859 — todavía está activa, en su edificación de la actual calle José Reyes No. 122, casi esquina Mercedes.

Sin embargo, este encuentro no podríamos relacionarlo con lo mencionado en el mensaje emitido por el servicio de espionaje, que fuera enviado al Consulado de España en La Habana el 20 de septiembre de 1892, antes citado. En él se afirmaba que cuando llegó a Santo Domingo “[...] en la noche del 18, esperábale gran número de sus correligionarios quienes se reunieron en la logia no. 9 [...]”, para constituir otro comité de propaganda.⁵³ Se refería, a todas luces, a miembros de la Esperanza No. 9, de fuerte tradición independentista. Ocupaba una antigua edificación que fuera anexa al Colegio de los Padres Jesuitas, luego sede de la logia Constante Unión, de la masonería haitiana. Según López-Penha, en la Esperanza fue donde se cantó por primera vez el himno nacional.⁵⁴ Aún se conserva el local, que ocupa el no. 4 de la calle Mercedes y ostenta una placa alusiva al hecho, aunque no se menciona que fuera sede de la logia.

El informe de marras también parece vincularse a lo relatado por Federico Henríquez y Carvajal acerca de aquella primera noche: alude, de manera muy ligera, a una cena en la propia Casa de San Pedro, con comensales que, sospechosamente, evita identificar. Cito a Henríquez:

Martí sólo un día comió en el hotel donde tuvo alojamiento. Dos tríos de comensales —cubano uno y el otro dominicano— sentáronse con él a la mesa, en ágape cordial, y, en plática revolucionaria, llegóse a un concierto cabal en la organización de los clubs para la obtención de recursos [...].⁵⁵

Teniendo en cuenta de que tanto la Casa de San Pedro como la Esperanza No. 9 estaban ubicadas en la calle Mercedes y que las separaban apenas un par de cuadras, ¿no podrían corresponderse algunos de esos comensales con aquellos “correligionarios” de la citada logia, sobre quienes se informara al Consulado de España? ¿Qué sucedió aquella noche antes o tras la cena? ¿Se reuniría Martí, en el transcurso aquellos dos días, tanto con hermanos de la Cuna de América como con los de Esperanza? Lo creemos posible.

Una declaración de Federico Henríquez y Carvajal, de 1929, parece confirmarlo, aunque coloca ambas reuniones durante la segunda jornada de estancia martiana en la capital. Recordemos, sin embargo, que el informe al Consulado español ubicaba la reunión “en la logia no. 9” el día 18. Perfectamente, Henríquez, transcurridos tantos años, podía haber confundido las fechas. Lo cito:

Como orador disertó en tres ocasiones. Dos veces lo hizo en sendas reuniones celebradas, el 19, para exponer el programa y la organización de los centros y las delegaciones, que formaban y formarían la red revolucionaria, para el servicio de la causa libertadora de Cuba. [...] La tercera —de 9 a 12 de la noche— en el local de la “Sociedad de Amigos del País [...].”⁵⁶

Respecto a la velada aludida, ofrecida durante su última noche en Santo Domingo por la Sociedad Amigos del País, existe un curioso comentario, proveniente de Diógenes Céspedes, que recuerda un detalle de interés. Al mencionar el acto de recibimiento organizado por los directivos de la Sociedad Amigos del País la noche del 19 de septiembre de 1892, subraya que esa institución fue “[...] *creada a semejanza de las que se fundaron los masones en España, Cuba y otros países de América Latina.*”⁵⁷ Es una apreciación que podría aludir a la naturaleza de, al menos, una parte importante de los organizadores y participantes de la actividad final en la que Martí fuera homenajeado.

No cabe duda de que se trató de un plan de gestiones bastante cargado el que El Delegado desarrolló en Santo Domingo: al parecer, también la mañana del 19, había sido recibido por ministro de Relaciones Exteriores, Ignacio María González, a quien

habíamos mencionado cuando nos referimos a la ayuda encubierta de Lilís mediante sus funcionarios de confianza —en su mayoría hermanos masones. Se dice que, incluso, González lo invitó a su casa y le ofreció una comida, que podría corresponder a la cena de ese día —porque se sabe que el almuerzo de ese segundo día, como del anterior, también lo tuvo en casa de Federico Henríquez.⁵⁸

El ministro le facilitó cartas para continuar el viaje y hasta le concedió un permiso especial para que le fueran mostrados los restos de Colón, fechado, justo, 19 de septiembre.⁵⁹ La visita a la catedral, donde estos se encontraban expuestos, ocurrió esa tarde, de lo cual Martí deja constancia en el libro de visitas allí dispuesto, que también refiere la fecha. Entre otros acompañantes estaban, precisamente, los tres masones ya amigos Federico Henríquez, Jaime R. Vidal y Francisco Gregorio Billini.⁶⁰

Tres son también los hermanos que lo conducen al puerto cuando parte hacia Barahona, rumbo a la frontera haitiana: José Joaquín Pérez, Jaime R. Vidal y Federico Henríquez⁶¹ —a esa altura miembros, igualmente, del flamante Cuerpo del Consejo del Partido Revolucionario Cubano en Santo Domingo.

Desde Barahona —donde se aloja en casa del gobernador José Dolores Matos, para el cual traía carta de presentación de Federico Henríquez—,⁶² escribiría la mencionada carta a Giraudi, sobre cuyo texto quisiéramos detenernos una vez más. Allí recuerda al padre del joven Ignacio Alomá —con quien debió encontrarse en la capital— en los siguientes términos: “[...] con el taller en las ruinas, y él junto al yunque, hierro en mano, con su barba limpia y su mandil de cuero”. ¿Sería, quizás, posible leer esta alusión como metáfora, en clave masónica, que Giraudi podía perfectamente comprender?

No obstante, hay que tener en cuenta que Rodríguez Demorizi admite que, realmente, el viejo Alomá era herrero de profesión.⁶³ Lo cierto es que fue exiliado cubano establecido en Santo Domingo entre mediados y finales de la década de los ochenta, después de haber permanecido en los Estados Unidos desde 1878, tras el fin de la guerra.⁶⁴ El historiador Frank Peña ubica la llegada de los Alomá a territorio dominicano poco antes de 1886. Martí pudiera haberlo conocido, en su taller de herrero o en su taller masónico —según se interprete—. La herrería familiar radicaba justo en la calle Mercedes, cerca de la iglesia homónima, vía de tránsito obligado para nuestro viajero por esos días.

Con todo, no nos parece demasiado peregrino tratar de atribuir una redacción apropiada para ser leída entre líneas a las palabras martianas dirigidas a Giraudi: resulta inevitable pensarlo ante las señaladas referencias al “mandil” de Alomá padre y, por otro lado, a “el taller en las ruinas”, que concordaba perfectamente con el posible estado “ruinoso” la “casa vieja a que alude”. Quedaría, pues, por comprobar si los Alomá fueron, en efecto, masones.

Pero, volvamos al último día de estancia de Martí en Barahona, el 21 de septiembre de 1892: escribe asimismo misiva a Federico Henríquez y Carvajal, donde significativamente, subraya la fraternidad entre ambos, que, por su parte, sabemos que Henríquez también se encargaría de destacar. Cito su final:

Esta es América, la tierra de los rebeldes y de los creadores, y aquí se siente íntegro, sangrando de lo que ella sangra y amando sus amores, quien nunca abusa de las palabras solemnes, y al abrazar en Vd. a tanto mérito sobresaliente, a tanto corazón generoso, se firma *su hermano*,/ José Martí”.⁶⁵

En aquella localidad también Martí se presentó ante compatriotas residentes: recibió apoyo de ellos, así como de dominicanos simpatizantes. El testimonio de Salvador González recogido por Rodríguez Demorizi, asevera que se organizó una junta a su llegada, llamada “Club Salvador”, encargada de recolectar fondos y que estuvo integrada por los cubanos Francisco González Colarte (presidente), Luis Portuondo (tesorero), Hungría Pimentel (secretario) y, entre sus miembros Javier Paulino Dihins y Águedo Matos.⁶⁶ ¿Permaneció en activo este grupo y adscrito al PRC? No tenemos constancia. ¿Eran masones algunos de sus miembros? Tampoco tenemos certeza de ello, máxime cuando no existía logia establecida en Barahona, al menos reconocida por la Gran Logia Nacional.

¹ No ha quedado duda de la filiación masónica de José Martí desde su juventud. El cierre de la larga y célebre polémica al respecto puede encontrarse en *Martí ciñó el mandil. Prueba documental de su filiación masónica*, de Samuel Sánchez Gálvez, con presentación de Eduardo Torres-Cuevas (Biblioteca Nacional José Martí, Ediciones Bachiller, 2007).

² Fueron parte de la migración voluntaria que se produce tras la Guerra de los Diez años. Méndez Jiminián anota: “Para fines de la década de los años ’70 del siglo XIX, se estima que al país llegaron unos tres mil cubanos, que recibieron la solidaridad de los gobiernos del general Gregorio Luperón, el arzobispo Meriño y de Ulises Heureaux” (Jesús Méndez Jiminián: *Martí por los caminos de La Vega*

Real. Pasión y gloria, Santo Domingo, 2006, p. 95). Entre quienes pasaron o se establecieron, coyuntural o definitivamente, en Dominicana estuvieron Antonio Maceo, Mayía Rodríguez, Flor Crombet, Paquito Borrero, Fernando Figueredo, Serafín Sánchez, Nicolás Ramírez, y Federico García Godoy.

³ V. H.H. López-Penha: *La masonería en Santo Domingo*, t. 1, Editorial Stella, Ciudad Trujillo, 1956.

⁴ H.H. López-Penha, ob. cit., p. 145.

⁵ H.H. López-Penha, ob. cit., pp. 85-86.

⁶ Eduardo Torres Cuevas: *Historia de la masonería cubana. Seis ensayos*, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 2013, p. 99.

⁷ Emilio Rodríguez Demorizi: *Maceo en Santo Domingo*, Fundación Rodríguez Demorizi-Graficas M. Parejas, Barcelona, 1978.

⁸ H.H. López-Penha, ob. cit., pp. 135, 145.

⁹ Olga Lobetty: *Martí en Montecristi*, Editora Centenario, S.A., Santo Domingo, 1998, p. 71.

¹⁰ José Martí: *Obras completas*, t. 5, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 20.

¹¹ H.H. López-Penha, ob. cit., p. 146. Podríamos presumir que estaba afiliado a la montecristeña Quisqueya no. 15, hoy desaparecida, pero no aparece en el “Cuadro Lógico de la fraterna Logia Quisqueya en 1895” que presenta Chapman (V. Francisco Chapman: “Amigos personales de José Martí en República Dominicana que pertenecieron a la Masonería”, publicado por Carlos Bárbaro García Feito. Disponible en <http://desdesdecanariasmason.blogspot.com>, Jul 12, 2011 9:07 pm.).

¹² V. Francisco Chapman, ob. cit.

¹³ En una comunicación del ministro de lo Interior y Policía, P. Lluberes, de junio de 1893, se recordaba un informe del gobernador del distrito donde se participara al gobierno “que a principios de Septiembre del año 1892, había pasado por aquel Distrito —procedente de Haití— el Señor José Martí que se decía ser Jefe revolucionario cubano, que dicho Señor reunió en aquella ciudad los conspiradores cubanos más connotados, entre los que figuraban el Señor Montesino, Don Francisco Col y Don Máximo Gómez como Cabecilla [...]” (Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, Gráficas M. Pareja, Barcelona, 1978, p. 335).

¹⁴ Por ejemplo, el periodista cubano Santiago I. Massenet, compadre de Máximo Gómez, relataría su visita en un texto que envía a *Patria* —y que se publica el 15 de octubre de 1892— donde declaraba: “[...] para satisfacción de nuestros hermanos residentes en Cuba y en el extranjero, [...] los cubanos residentes en este país [República Dominicana], que en 1876 nos contábamos por millares y hoy por muy pocos centenares, hemos aceptado con entusiasmo las Bases del Partido Revolucionario, y todos contribuiremos a la reunión de fondos para la futura campaña”. El propio Delegado, a su regreso a Nueva York, recordaría: “Uno a uno apretamos la mano de aquellos cubanos valiosos [...]” (José Martí: *Obras completas*, t. 2, ed. cit., p. 175).

¹⁵ Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 316.

¹⁶ *Ibidem*, p. 314.

¹⁷ V. Edwin Espinal Hernández, ob. cit.

¹⁸ Olga Lobetty: *José Martí en Montecristi*, Editora Centenario, Santo Domingo, 1999, pp. 138-139.

¹⁹ Según Méndez Jiminián, parte de la destacada migración cubana en Santiago del último tercio del XIX, además de los antes mencionados Nicolás Ramírez, Pedro Pablo Doval y Raúl Font Sterling, fueron: Rafael Díaz Márquez, Carlos Castellanos y Arteaga, Eusebio Pons y Agreda, Francisco Argilagos, Juan Justo Osorio, Emilio Navarrete y Romay, Ramón Valerio, Nicolás Vega y F. Sirven (Jesús Méndez Jiminián: *Los amigos de Martí y de Cuba en Santo Domingo*, Frías Editores, La Vega, 2014, pp. 18-19).

²⁰ Cit. por Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 333.

²¹ Sin embargo, Rodríguez Demorizi, en nota al pie a su transcripción del documento, asegura que “La Citada reunión fue en Santiago de los Caballeros” [*Idem*], sin explicar sus razones. Nos atenemos aquí al lugar notificado en el mensaje.

²² V. Francisco Chapman, ob. cit.; H.H. López-Penha, ob. cit., p. 162.

²³ Jesús Méndez Jiminián: *Martí por los caminos de La Vega Real. Pasión y gloria*, ed. cit., p. 65.

²⁴ Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 294.

²⁵ *Ibidem*, p. 296.

²⁶ Jesús Méndez Jiminián: *Martí por los caminos de La Vega Real. Pasión y gloria*, ed. cit., p. 79.

²⁷ Jesús Méndez Jiminián: *Apuntes sobre las dos visitas de Martí a La Vega*, Editora Búho, Santo Domingo, 2008, pp. 42-43. Según me informara el doctor Alfredo Rafael Hernández Figueroa, después del Pacto del Zanjón, había una nutrida colonia cubana entre cuyos miembros me menciona, además de García Godoy, a Faustino Zamora, José Valdespino, Alfonso Isalgué, Ricardo Coronado, Gabriel Pons, Felipe y Aureliano Cisneros, José Sebasco, Enrique y Rafael Méndez, Antonio Egidio Suárez, Francisco García, Abelardo Lago, Miguel López, Samuel Mendoza y Pedro Pérez Peña. El doctor Ricardo Coronado, en específico, llegó a ser delegado del PRC en La Vega y presidente del club “Calixto García”

de lo cual él mismo daría fe (cit. Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 500). Pero todavía un compatriota más, de origen humilde, había sido eje capital para los movimientos de Martí y, en general, los revolucionarios cubanos en la localidad: el carpintero Santiago Zamora, hombre de confianza absoluta, en cuyo hogar no solo se efectuaban con frecuencia reuniones, sino que, habitualmente, allí se alojaban los independentistas a su paso por la villa, incluido Martí. Alejandro (Chicho) Trinidad se refería a él como “comisionado de la Revolución Cubana en La Vega” (cit. Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 499).

²⁸ *Ibídem*, p. 296.

²⁹ José Martí: *Obras completas*, t. 2, ed. cit., p. 164.

³⁰ H.H. López-Penha, ob. cit., p. 145.

³¹ Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 63.

³² Luis Toledo Sande: *Cesto de llamas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996, p.269.

³³ Rodríguez Demorizi lo transcribe: “José Martí saludará amigos queridos diez y siete” (Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 63).

³⁴ V. Francisco Chapman, ob. cit.

³⁵ V. “Martí en la primada de América”: *¡Todo por Cuba!*, Municipio del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1948.

³⁶ Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., pp. 282-283.

³⁷ Federico Henríquez y Carvajal: “Papeles de Martí”, *Clío*, Santo Domingo, sept.-oct., 1934, pp. 151-152.

³⁸ V. Francisco Chapman, ob. cit.

³⁹ “Grata visita”, *Listín Diario*, Año IV, no. 991, Santo Domingo, 22 de septiembre, 1892 [pp. 2-3]. Con posterioridad, el propio Federico Henríquez y Carvajal publica el 30 de septiembre, en *Letras y Ciencias*, un largo artículo, que detalla lo ocurrido en la velada. Incluye, al final, la carta que recibiera de El Delegado, enviada desde Barahona el 21 de septiembre (Federico Henríquez y Carvajal: “José Martí”, *Letras y Ciencias*, año 1, no. 14, Santo Domingo, septiembre 30 de 1892). En ese mismo número, en la sección “Lira Cubana”, transcribiría algunos de los poemas de *Versos sencillos* —XVI, XVII y XXIII—, libro que le regalara Martí en esa ocasión (*Ibídem*, p. 111).

Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 69.

⁴⁰ José Martí: *Obras completas*, t. 7, ed. cit., p. 299.

⁴¹ V. Francisco Chapman, ob. cit.

⁴² H.H. López-Penha, ob. cit., p. 135.

⁴³ Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., pp. 530-531.

⁴⁴ H.H. López-Penha, ob. cit., p. 135.

⁴⁵ H.H. López-Penha, ob. cit., p. 135.

⁴⁶ *Ibídem*, p. 145; Méndez Jiminián: *Martí por los caminos* de la Vega Real: pasión y gloria, ed. cit., p. 65.

⁴⁷ Publicado inicialmente en *La América*, Nueva York, en mayo de 1884, José Joaquín Pérez lo reproduce en la *Revista Científica, Literaria y de Conocimientos Útiles*, que él dirigía junto con Guillermo de la Fuente.

⁴⁸ H.H. López-Penha, ob. cit., p. 62.

⁴⁹ Miembro fundador de la logía Cuna de América No. 2 (*Ibídem*, pp. 56, 66).

⁵⁰ Federico Henríquez y Carvajal: “Ante el acta”, *Martí*, ed. cit., pp. 163-164.

⁵¹ José Martí: *Obras completas*, t. 20, ed. cit. p. 411.

⁵² *Idem*.

⁵³ Cit. por Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 333.

⁵⁴ H.H. López-Penha, ob. cit., p. 43.

⁵⁵ Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 283.

⁵⁶ Federico Henríquez y Carvajal: “Martí como orador eximio”, *Social*, vol. XIV, La Habana, dic., 1929; cit. Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 562.

⁵⁷ Diógenes Céspedes: “Prólogo dominicano”, en *Álbum de un héroe*, comp. Federico Henríquez y Carvajal. Editora Búho, Santo Domingo, 2013, p. 25.

⁵⁸ Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 283.

⁵⁹ “Tengo la honra de comunicar a S:S:I. que el Gobierno ha concedido en esta fecha autorización al Sr. Don José Martí, para que le sean mostrados los restos del Itre. Genovés Don Cristobal Colón [...] Se ha señalado las 4 de la tarde, para la mostración de dichos restos” (cit. Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 65).

⁶⁰ Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 286.

⁶¹ Según el propio testimonio de Vidal, “[...] a las once de la noche, nos llevó a los tres un carruaje a las orillas del Ozama” (RD), de donde partiría, en una goleta, hacia Barahona (cit. Federico Henríquez y Carvajal: “Martí en la Primada. Rectificaciones históricas”, *Clío*, Año 2, No. 11, Septiembre-octubre de 1934, pp. 153-155).

⁶² Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 73.

⁶³ *Ibidem*, p. 77.

⁶⁴ El censo de Nueva York de 1880 refiere la presencia de esa familia —el padre, su esposa Ángela y seis hijos: entre ellos, Ignacio, de catorce años— residiendo en el 312 de Wyckoff Street en Brooklyn.

⁶⁵ José Martí: *Obras completas*, t. 7, ed. cit. p. 301.

⁶⁶ Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*, ed. cit., p. 527. El médico cubano Francisco González Colarte escribe una misiva dirigida a *Patria* el 22 de septiembre, a raíz de su encuentro de aquellos días con el que allí llama “digno jefe del Partido Revolucionario Cubano”, que es publicada el 22 de octubre siguiente. Allí anotaba: “Pocas horas pudimos tenerlo entre nosotros, por impedírselo la alta misión que lo trajera por estas apartadas regiones: pocas horas fueron, sí, pero suficientes para hacerse amar por cuantos le trataron”.